

cia. Cuando la expedición se completara, había de tomar el mando de ella sir H. Dalrymple, quedando Wellesley en clase de tercero, como más moderno. Junot salió al encuentro de los nuevos enemigos con fuerzas inferiores, y al amanecer del día veintiuno, viniendo de Torres-Vedras, los atacó en la posición de Vimeiro: ya entonces no ejercía el cargo de primer jefe en el ejército británico sir Arturo Wellesley, sino Burrard, nombrado segundo cabo de Dalrymple. A las doce de la mañana, los franceses llevaban perdidos cerca de dos mil hombres; en cambio, las bajas de los ingleses eran escasas, de modo que aquellos mandaron suspender el fuego y se retiraron á alguna distancia, sin que Burrard los persiguiese, pues sabiendo que habían desembarcado las tropas de Moore, decidió aguardar á que llegasen. Junot quiso regresar á Lisboa, pero hallando levantado todo el país y temeroso del gran aumento que iba á tener el enemigo, entabló negociaciones, de acuerdo con el parecer de sus generales, comisionando al efecto á Kellerman, que fué al campamento británico, donde ya estaba Dalrymple, el cual designó á su vez á Wellesley para que ostentase su representación. Hubo conferencias y discusiones, y al fin el día treinta se firmaba en Lisboa y era ratificada por Dalrymple en Cintra, una convención; á cuyo tenor el ejército de Junot debía evacuar la Península y ser transportado á Francia, con artillería, armas y bagajes, por la marina insular. La escuadra rusa, bloqueada en el puerto de Lisboa, celebró convenio aparte con el almirante inglés Cotton, pactando que sus buques quedaran, con carácter de depósito, en poder del gobierno británico hasta seis meses después de concluida la paz entre los países respectivos, estipulándose, en cuanto á los jefes, oficiales y soldados que la tripulaban, que serían conducidos á Rusia.]

Viendo Napoleón las vastas proporciones que adquiría la guerra de España, determinó mandar á nuestro país tropas en gran número y ponerse él á su cabeza, no creyendo difícil obtener una victoria rápida y total. Antes, sin embargo, se propuso fortalecer los vínculos de su alianza con Rusia, que iban relajándose á medida que se deslizaba el tiempo; pues ni la ocupación de Finlandia ni los proyectos de reparto de Turquía eran bastantes á satisfacer las pretensiones de Alejandro. Movía al Emperador de los franceses á adoptar esta precaución la actitud nada tranquilizadora de Austria, que apresuraba con actividad febril sus armamentos, so pretexto de que sus vecinos, Italia, Baviera, Westfalia y hasta el gran ducado de Varsovia, habían implantado el sistema de conscripción de Francia, y, de consiguiente, necesitaba ella hacer lo mismo para poder velar por la seguridad de sus pueblos. Por otra parte, el gran ejemplo de España enseñaba á los oprimidos el camino de salvación. Todos los gobiernos coaligados de Europa no pudieron conseguir en ocho años de guerra humillar una sola vez las águilas imperiales, y he aquí que en nuestra patria, no bien comenzada la campaña, un puñado de insurrectos les habían hecho morder el polvo. ¡Lección elocuentísima: el vencedor de los reyes no era todavía el vence-

dor de los pueblos! En Alemania, especialmente, causaron profunda impresión los acontecimientos de España; en Prusia, como sabemos, estaba el terreno bien preparado, y de ella partió la iniciativa. Una especie de estremecimiento eléctrico sacudió los nervios de los habitantes de la antigua Germania; fundieronse las almas en una aspiración común al calor del fuego que las abrasaba, y apareció el sentimiento nacional, que antes no existía. El profesor de filosofía, Mauricio Arndt, funda el *Tugendbund*, «Asociación de la virtud», donde corren á alistarse artesanos y magnates, militares y paisanos. No obstante serles forzoso organizarse secretamente, pronto se ramifica la sociedad en Alemania entera, y son sus miembros más activos los antiguos ministros Hardemberg y Scharnhorst, los generales Blücher y Gneisseau, el duque de Brunswick, el mayor Schill; y los ejecutores de sus designios, dos ministros en quienes la firmeza de carácter igualaba á la elevación de la inteligencia, en Prusia, el barón de Stein, en Austria, el conde de Stadión. El primero, sobre todo, comprendiendo que para combatir el despotismo napoleónico hacían falta hombres libres, había operado ya una verdadera revolución en su patria con las tres famosas ordenanzas de Memel, decretos salvadores, que borrarón los últimos vestigios de la servidumbre: abolieron la corvea, transformaron al campesino en ciudadano, reconocieron en los municipios el derecho de administrar sus propios intereses; en los individuos que no fuesen nobles, el de poseer propiedad territorial, y realzaron la dignidad de las profesiones industriales permitiendo á los aristócratas su ejercicio. Stein, al par, luchaba obstinadamente contra las exigencias de Francia en la fijación de los impuestos de guerra, que Napoleón iba demorando para poder ocupar más tiempo el territorio prusiano, al tiempo que favorecía bajo cuerda la resistencia sorda y pasiva de los contribuyentes, trabajando también con ahinco á fin de extender su esfera de acción á los demás países alemanes y, particularmente, á las provincias sujetas al imperio francés: «La exasperación crece por horas en Alemania, escribía el quince de Agosto de mil ochocientos ocho al príncipe de Sayn Wittgenstein. Es menester alimentarla y fomentarla. Convendría establecer relaciones en el Hesse y Westfalia y preparar allí los ánimos á ciertos acontecimientos.... Los asuntos de España producen inmensa sensación. Prueban lo que ha tiempo debió preverse. Sería muy útil hacer que circularan las noticias con prudencia....» Se apoderaron los franceses de esta carta y se la remitieron á Napoleón, que la reprodujo en el *Monitor*, añadiendo por vía de comentario: «El Rey de Prusia habrá de lamentar el tener ministros tan inhábiles como perversos;» era la sentencia de muerte dictada contra la administración Stein. El gran patriota abandonó el gobierno para no comprometer á su país. El irascible déspota había exigido su destitución y confiscado los bienes que poseía en Westfalia el odiado ministro; empero, las reformas por éste realizadas subsistieron, y la simiente que depositara fructificó á su tiempo. Deseoso Napoleón de no dar respiro á Prusia, ordenó significar al Príncipe Guillermo, que desde hacía meses estaba en

Paris para el arreglo de la contribución de guerra, la necesidad de admitir la cifra de ciento cuarenta millones de francos; y no contando con esto, se reservó el derecho de ocupar, hasta el pago completo de dicha suma, las fortalezas de Glogau, Stettin y Custrin con diez mil hombres, mantenidos, ya que no pagados, por el rey de Prusia, á quien impuso, además, la obligación de reducir su ejército durante diez años á cuarenta y dos mil hombres, sin que por ninguna causa pudiera aumentarlos, de los que debería auxiliarse con diez y seis mil en caso de guerra entre Francia y Austria. Fué necesario resignarse á sufrir tan duras condiciones; pero el exceso del mal era nuevo incentivo para que no dejara de pensarse en la aplicación del remedio.

También en Roma renació la esperanza de sacudir el yugo del tirano cuando se supo lo acontecido en España. Napoleón, después de apoderarse de las provincias de los Estados pontificios, erigiéndolas en departamentos bajo los extraños nombres de Metauro, de Musone, de Tronto, y de invadir la capital, como dijimos, había expulsado del territorio romano á los cardenales extranjeros, pretextando que Pío VII era víctima de sus pérfidos consejos, incorporado la milicia del Papa á su ejército y coronado todas estas violencias disponiendo que sus tropas se posesionasen del Quirinal, donde estaba el Pontífice, prisionero de guerra en su propio palacio. No es, pues, sino muy natural que la noticia de los reveses experimentados en la Península ibérica por el César, hasta entonces omnipotente, produjeran en Roma el efecto de verdadero rocío celeste, según frase de un historiador. Ya la Santa Sede se atreve á dirigirse al Emperador en tono acre y mal humorado, y á partir del mes de Agosto de mil ochocientos ocho, los actos de la administración francesa van seguidos de la publicación de proclamas ardientes, que manos invisibles colocan en los muros de las casas. Pío VII procura alzar la voz á fin de que le oigan los gobiernos, aun distraídos ó indiferentes, y afila sus armas espirituales para esgrimir las en el momento oportuno.

Esta situación alarmante del Continente, cuyos síntomas más graves, sin embargo, no conocía, impulsó á Napoleón, según queda indicado, á estrechar sus lazos con el Czar antes de venir á España. Invitó, pues, á Alejandro á arreglar los asuntos pendientes en una conferencia personal, y aceptada la proposición, resolvieron los dos soberanos verse en Erfurt á fines de Septiembre de mil ochocientos ocho. A instancias de Napoleón, fueron á la ciudad sajona los reyes de Baviera, de Wurtemberg, de Sajonia, de Westfalia, el príncipe Guillermo de Prusia, y al lado de estas estrellas de primera magnitud, los oscuros príncipes de la Confederación del Rin, á modo de satélites: quería el altanero Emperador presentarse ante los ojos de la Europa asombrada como rey de reyes, como sol que vivificaba con sus rayos todo un sistema planetario. Además, hizo llevar á Erfurt los bronceos, las porcelanas, los más ricos tapices, los mobiliarios más suntuosos de la Corona, y con objeto de dar más esplendor á las fiestas que preparaba, ganoso de honrar y

deslumbrar á Alejandro, mandó ir allá á los actores de la Comedia Francesa. Alejandro se presentó acompañado únicamente de algunos personajes principales de su corte, entre ellos el gran duque Constantino, su hermano, y el ministro Romanzoff, que era casi el único partidario que tenía entre los suyos la alianza pactada en Tilsit, tan antipática en Rusia no sólo al pueblo, sino también á las personas más identificadas con el gobierno, que Tolstoï, el embajador moscovita en París, escribía á un hermano suyo poco antes de celebrarse la entrevista de Erfurt: «El Emperador Alejandro hace construir muchas iglesias; aconsejadle que dedique una á *Nuestra Señora del Socorro de España*.» Alejandro y Napoleón se encontraron en el camino de Weimar á Erfurt, el día veintisiete de Septiembre; diéronse estrecho abrazo, y entraron juntos en la población. Mientras permanecieron en ella, no cesaron las diversiones y solemnidades. El día se empleaba en paseos, maniobras militares, partidas de caza; la comida era en la residencia de Napoleón; por la noche iban al teatro, donde Talma y la señorita Duchesnoy interpretaban las mejores obras de Corneille, Racine y Voltaire; la velada se concluía en la morada de Alejandro. La grandeza de Napoleón parecía causar vértigos, y hasta los reyes de la inteligencia, Wieland y el olímpico Goethe, acudieron á rendirle sus homenajes: debilidad digna de censura, ¡que el mal ejemplo es tanto más pernicioso cuanto de más alto procedel!

Necesitado Napoleón del apoyo sincero de Rusia, esta vez no se anduvo en circunloquios, y á cambio de la cesión inmediata y cierta de Moldavia y Valaquia, el Czar renunció sin violencia al reparto del imperio turco con que se le había entretenido más de un año. Por su parte, se obligaba á seguir prestando su cooperación á Francia en su guerra con los ingleses, á declararse contra Austria si esta potencia entraba en lucha con su aliado, y á reconocer el nuevo orden de cosas establecido en España. Al tratado de Erfurt debía acompañar, como al de Tilsit, el ofrecimiento de la paz á Inglaterra, sobre la base del *uti possidetis*. Napoleón, decidido ya á repudiar á Josefina, pensó ligarse más íntimamente á Alejandro desposando á la gran duquesa Catalina, hermana del Czar y mujer de excepcionales prendas, según pública voz y fama. La gestión de este delicado asunto fué encomendada á Talleyrand, que desplegó en ella el tacto más exquisito; pero el emperador de Rusia esquivó el compromiso, alegando que era necesario vencer la resistencia de la emperatriz madre, enemiga acérrima de la influencia francesa y soberana absoluta en el seno de su familia.

La proposición invitando á la Gran Bretaña «á oír la voz de la humanidad acallando las de las pasiones», revistió la forma de carta dirigida al rey Jorge. Napoleón, que no había podido conseguir nunca respuesta directa del monarca británico, se prometía ser más feliz esta vez, por ir unido su nombre al del emperador de Rusia. Estaba en un error. Jorge III guardó silencio, como de costumbre, siendo Canning el encargado de contestar á los dos soberanos. Inglaterra, sin encerrarse en una negativa rotunda, hacía patente la